

Crónica de un peralico en Sevilla

A las 21 h. del viernes 16 de diciembre la expedición peralica cruzaba el Puente del Alamillo rumbo al Centro de Alto Rendimiento de La Cartuja. Cientos de atletas jóvenes pululaban por el centro, y entre ellos, unos veteranos curtidos en mil batallas con más ilusión que las esforzadas promesas del deporte.

Sin apenas tiempo, con Antonio y Marisa de guías, comenzamos el vía crucis por las tabernas típicas sevillanas. Primera parada en Bodeguita Romero del Arenal con unas tapitas de pringá y lomo con manteca que quitaban el sentido. Tras degustar tan afamadas piezas de la gastronomía andaluza, recorrimos el barrio del Arenal con su Maestranza y el callejón de entrada de los toreros junto a la casa de los Ordóñez.

Camino del Guadalquivir y frente a la estatua de Curro Romero el viento frío de la noche transportaba unas notas musicales... “contigo camino yo, contigo por esta senda”...¡era el mismísimo Kiko Veneno en directo y junto al Puente de Triana! Las sensaciones a flor de piel escuchando el último trabajo del maestro Kiko.



Eran casi las 12 de la noche cuando cruzamos el Puente de Triana con la Torre del Oro iluminada reflejada en sus aguas y la majestuosa Giralda sobresaliendo por encima de los tejados del Arenal. Todavía con el ritmo de Kiko Veneno en las venas asaltamos la trianera Casa Manolo y las raciones de cola de toro y espinacas con garbanzos fueron engullidas en un abrir y cerrar de ojos, y eso que la una de la madrugá estaba al caer.



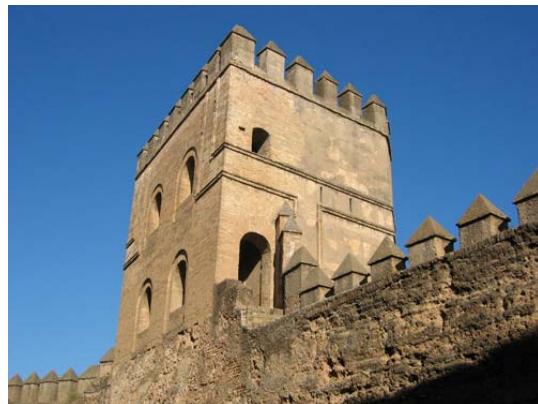
Para rebajar tanta orgía de sabores y olores paseamos por la calle Betis con la sorpresa de que los monumentos sevillanos todavía estaban iluminados, quizás para hacer honor a los cartageneros, lo cierto es que allí estaban esplendorosos, testigos mudos de nuestra presencia. La ocasión merecía un café irlandés o una copa de agua de Sevilla en el pub La Prensa a orillas del río Guadalquivir.

El sábado amanecía fresco pero con la luz propia de Andalucía y tras un pequeño entreno para soltar los músculos de la tensión mantenida durante el viaje nos dispusimos a devorar todos los monumentos y tapas que se pusiesen a nuestro alcance.

Primera parada en el Hospital de las Cinco Llagas del Siglo XVI con su imponente fachada, sede actual del Parlamento de Andalucía.



A continuación, nos trasladamos a las murallas almorávides y almohades hechas de cal, arena y guijarro de las que se conservan siete torres y la barbacana separada del muro por un foso donde el espíritu del sultán Alí ibn Yusuf parecía recorrerlo.



Una de las escasas puertas de la ciudad que se conservan es la Puerta de la Macarena y junto a ella se levanta la Basílica donde se venera María Santísima de la Esperanza Macarena. Tuvimos la suerte de verla de cerca en el tradicional besamanos que tiene lugar en contadas ocasiones.

El día soleado invitaba al paseo y a la relajación por lo que decidimos pasear por los Jardines de Murillo y el Barrio de Santa Cruz con sus callejones estrechos, sus plazuelas recoletas repletas de tiestos, sus fuentes y sus casas encaladas de blanco salpicadas por detalles en albero.

De pronto, la Giralda emergía por encima de los lienzos de muralla de la Plaza de las Banderas, majestuosa y esbelta, híbrida de dos religiones y símbolo de la tolerancia de las mismas. Una vuelta a la catedral sevillana para penetrar en un mundo palaciego y de sueño de las mil y una noches como son los Reales Alcázares de Sevilla donde el mudéjar aflora por cualquier estancia.



La luz otoñal daba un toque romántico a los jardines del Alcázar, con sus naranjos y palmeras y con el agua omnipresente en todos los rincones.

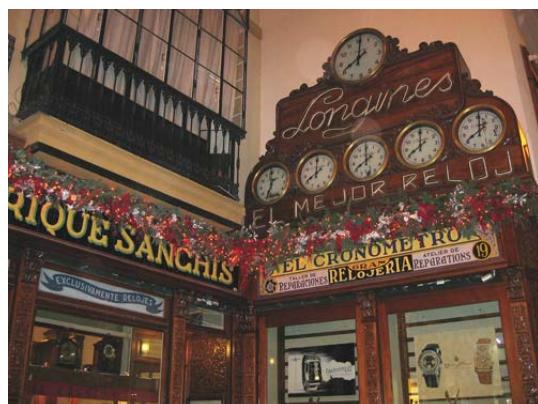


La larga caminata nos hacía merecedores de otra suculenta comida de tapeo de la nueva cocina andaluza, esta vez en Tapas Viapol,...pero la sorpresa estaba por llegar.

Si en el Siglo XV la Casa de Pilatos era la referencia en Sevilla, en el Siglo XXI la Casa de los Vera será el santo y seña de esta bendita ciudad. En el maravilloso ático de dicha casa pudimos saborear una poleá impresionante, preparada por Antonio, mientras el sol rojizo del atardecer iluminaba la judería sevillana.



Una vez el sol se ocultó por tierras onubenses pusimos el rumbo en dirección al centro comercial de Sevilla, con sus calles engalanadas con motivos navideños, los árboles con guantes de luces y las copas de los naranjos con miles de bombillas azules. El olor a castaña asada invadía la calle Sierpes mientras los campanilleros cantaban villancicos en la esquina de los relojes.



Un alto en el camino para saborear un exquisito café en La Campana, mítico local sevillano donde nuestro compañero Antonio tiene la suerte de disfrutarlo cada día laboral.

Todavía tuvimos tiempo para visitar las parroquias de Montserrat y la Magdalena, está última con el Cristo del Calvario y un soberbio retablo mayor.

De camino al restaurante Porta Rosa contemplamos las caras A y B del Ayuntamiento de Sevilla. La cara que da a la Plaza Nueva no merece la atención del turista sin embargo la cara que da a la Plaza San Francisco nos presenta ventanales y puertas adornados por medallones con personajes históricos y mitológicos con sus pilastras llenas de motivos florales y grotescos.

La cena de la pasta en un auténtico restaurante italiano, regentado por el milanés Maxi, fue de las que hacen época con sus raviolis, su lasaña con boletus, su ensalada de parmesano y rúcula, etc., sin olvidar el tiramisú, los profiteroles, la pannacota y el limoncello.

Era hora de descansar pues la media marathón de Sevilla – Los Palacios nos esperaba a la mañana siguiente.



Como colofón visita a la monumental ciudad ducal de Osuna y comida en Casa Curro, uno de los restaurantes con más tapas de Andalucía: pimientos rellenos, alcachofas con salsa verde, coliflor rebozada, venado con piñones, berenjenas con gambas y salsa de moscatel, ortiguillas, rosada al cava, etc.



Sin lugar a dudas volveremos a correr por tierras de María Santísima, amigo Antonio.

Ramón Sobrino Torrens

Fotos y texto del autor

Trapatroles®